

Pérez de Cuellar

Después de la resolución 502, las Naciones Unidas no volvieron a tener intervención en el conflicto. Sin embargo, el secretario general organizó en los primeros días un grupo de trabajo para seguir de cerca el tema. Fue ese grupo el que imaginó una intervención del organismo para asegurar la paz cuando se hacía evidente el fracaso de Haig, y de ahí salió la oferta que Pérez de Cuellar hizo el 19 de abril a la Argentina y Gran Bretaña para colaborar en un arreglo negociado.

Pérez de Cuellar no conocía al detalle el estado de la mediación de Haig, que a su vez no era amigo de una intervención de la ONU. Tampoco estaba al tanto de la intervención de Belaunde, de quien lo separaba una rivalidad personal en la política peruana. De alguna manera, el secretario general esperaba ganar donde su presidente había fracasado.

El 3 de mayo, luego de los primeros choques armados, Pérez de Cuellar presentó un "conjunto de ideas" a las partes. Sin tocar la cuestión de fondo, se trataba de dar pasos simultáneos que evitaran el agravamiento del conflicto.

Por esos días, el gobierno de Irlanda propuso un debate público en el ámbito del Consejo de Seguridad, buscando que ingleses y argentinos demostraran su disposición a evitar mayor derramamiento de sangre. Pero Londres no quería llevar las gestiones de paz al ámbito de la ONU, y sobre todo le interesaba evitar una declaración pública que modificara la resolución 502 —que le había sido tan favorable— llamando a un inmediato cese del fuego. Por lo menos hasta que los argentinos no desocuparan las islas. Sabían que un congelamiento de la situación militar los obligaría a retirar la task force. Las tropas llevaban largo tiempo embarcadas, y en pocos días, si no había un desembarco en Malvinas, sería necesario devolverlas a tierra, hasta mejor oportunidad. Y era difícil que esa mejor oportunidad llegara alguna vez.

Buenos Aires y Londres aceptaron la oferta de Pérez de Cuellar, y los irlandeses fueron persuadidos de postergar su propuesta. En la capital inglesa, los sectores moderados habían ganado espacio momentáneamente, después de los episodios del *Belgrano* y del *Scheffield*. El semanario *The Observer* llamaba a la prudencia: "... la Argentina nunca cesará de reclamar las Falkland, Gran Bretaña no puede asegurar su protección en el largo plazo, los deseos de los isleños deben ser respetados, pero no deben dictar si se los sostiene para que corran contra los intereses de la superior masa de sus compatriotas. La causa británica en las Falklands es justa y ahora va bien. Podemos darnos el lujo de la moderación."⁷⁵ A su vez *The Sunday Times* pidió el 9 de mayo al gobierno prudencia, ya que "la tarea de recapturar las islas es demasiado dificultosa y presumiblemente demasiado costosa en vidas humanas." El gobierno de Margaret Thatcher sufría también la presión de los aliados europeos, cuya beligerancia anti argentina disminuía día a día.

El secretario general, contra lo que había sido el estilo de Haig, no practicó la diplomacia de los viajes en avión. Por el contrario, aprovechó su ubicación en la sede de la ONU para reunirse con frecuencia con los representantes de las partes, fundamentalmente los embajadores Parsons y Roca, aunque también hubo encuentros con Pym y Ros. Este último llegó a Nueva York el 7. Si bien era el mejor especialista en Malvinas del palacio San Martín, no resultaba el negociador más moderado de los argentinos. El mal trago que había tenido que soportar en febrero, cuando lo sorprendió la declaración unilateral después de las negociaciones de Nueva York lo había convertido en un duro. "Yo he venido", dijo al arribar, "a buscar la paz, pero sólo me interesa si es con dignidad."

El 8, después de algunos días sin progresos visibles, Pérez de Cuellar hizo declaraciones en las que afirmaba: "... las negociaciones están avanzando. No tengo razones para sentirme pesimista." Estaba seguro de que había posibilidades de acuerdo, porque había logrado convencer a Parsons de la necesidad de discutir en bloque los diversos temas de la mediación.⁷⁶ Ros, en cambio, no era nada optimista. "Para los progresos hacen falta dos partes; he leído unas respuestas positivas que la Argentina ha traído para algunas de sus ideas y las estamos analizando por etapas, pero naturalmente hace falta conocer si Gran Bretaña tiene verdaderamente intención de negociar en serio en el ámbito de las Naciones Unidas."⁷⁷

La situación internacional que enmarcaba la nueva etapa de negociación sufría algunos cambios que condicionaban crecientemente la posición británica. Los apoyos a la Argentina aumentaban día a día, como en el caso de los ministros de Relaciones Exteriores del Pacto Andino y, paradójicamente, el ámbito de los Países No Alineados. Los Estados Unidos seguían, y seguirían hasta el final, apoyando a Gran Bretaña, y el 14 de mayo Reagan volvió a reafirmar la línea pro británica. Sin embargo, la creciente presión de los países latinoamericanos preocupaba al gabinete, y alimentaba los movimientos de los amigos de la Junta de Buenos Aires, como Jeane Kirkpatrick y Vernom Walters. La primera se apresuró a apoyar la gestión de Pérez de Cuellar, con quien colaboró tan activa como inútilmente. El embajador itinerante estuvo en Buenos Aires el 10, naturalmente con la mayor discreción como todo lo que hacía, y entrevistó a Galtieri, a los otros comandantes y a varios altos jefes de las Fuerzas Armadas." Curiosamente, el 11 Ros empezó a mostrarse más flexible, y en sus dichos, la soberanía pasó a ser un objetivo y no una condición previa. Al interior del gabinete, los "continentalistas" insistían en la necesidad de evitar que los latinoamericanos vieran a Washington en abierta alianza con Londres. Algunas declaraciones de Walters, como cuando criticó "el machismo de las mujeres", o dijo que la Argentina "tiene el gobierno más prooccidental que se haya visto desde hace tiempo.", muestran esta posición.

El 13 Parsons y Henderson, que estaban negociando con Pérez de Cuellar, fueron llamados a Londres. Los moderados presionaban crecientemente sobre los duros, y habían logrado que Thatcher se dispusiera a hacer el último esfuerzo por la paz. Washington exigía mayor flexibilidad, Irlanda e Italia habían levantado las sanciones económicas y la opinión pública británica podía ser muy impactada por la posibilidad de una cruenta batalla final con muchas 'bajas.

A esa altura, el gobierno de Buenos Aires tenía una absoluta desconfianza sobre las posibilidades de una solución negociada. La experiencia vivida con Haig, tal como la entendía el gobierno argentino, parecía demostrar que los ingleses sólo estaban interesados por ajustar los tiempos a sus necesidades para operar efectivamente. Por otra parte, había dos puntos en las propuestas británicas que resultaban inadmisibles. Londres se afirmaba en la aplicación del artículo 73 de la Carta de la ONU que implicaba dar prioridad a la libre determinación de los pobladores. Esto equivalía a la aceptación de los tantas veces rechazados *deseos* de los *kelpers*, lo que no podía ser aceptado. El otro tema era la exclusión de las "dependencias de las Falklands", o sea las Georgias y las Sándwich. Con razonable criterio, Londres consideraba que al haberlas recuperado, no tenía sentido discutir sobre ellas. La Argentina, con ese antecedente, temía que sucedería lo mismo si se devolvían las Malvinas sin garantías.⁷⁹

En Londres continuaba ejerciéndose una firme presión a favor de una rápida apelación a la fuerza militar. La Argentina, a su vez, había alentado el propósito de usar el proceso de negociación para retrasar la acción militar británica, sobre todo porque aún no tenía seguridad respecto del modo que esa acción probablemente adoptaría y de la oportunidad en que comenzaría.

Pérez de Cuellar, en cambio, no creía que los ingleses sólo trataran de ganar tiempo mientras se preparaban para el ataque.⁸⁰

El gabinete inglés elaboró su propuesta tironeado por los militares por una parte y los expertos del Foreign Office por otra. La task force estaba apretada de tiempo. Las fuerzas de desembarco llevaban semanas embarcadas y sus jefes sabían que esa situación no podía prolongarse indefinidamente sin deteriorar seriamente el espíritu de combate. Por otra parte, entre el 16 y el 17 de mayo las fuerzas todavía no estaban listas para atacar. De manera que para los militares el lapso posible para la negociación se extendía por una semana aproximadamente. Antes de esa fecha no era posible el desembarco. Después sería necesario retirarse, y como la situación internacional se empezaba a complicar, había que descartar la posibilidad de una segunda expedición.

Los diplomáticos no querían que el Reino Unido quedara como responsable del fracaso de la gestión. Los países latinoamericanos incrementaban día a día su apoyo a la Argentina (hasta Colombia, que se había abstenido en la votación del TIAR, avisaba que en una nueva instancia votaría por la posición de Buenos Aires), y los amigos europeos de Londres estaban cada vez menos dispuestos a avalar una escalada militar, como lo demostraban las conductas de España, Italia e

Irlanda, que presionaban para que se levantaran las sanciones económicas a la Argentina. La NATO, a su vez, no esperaba eternamente la vuelta de los barcos ingleses a sus apostaderos estratégicos. Washington, a su vez, seguía respaldando a los ingleses como lo decían las últimas declaraciones de Reagan, las manifestaciones públicas de Kissinger y la dura posición del Congreso, pero la secretaria de Estado se preocupaba por el deterioro creciente de sus relaciones con América Latina.

Los días pasaban y la salida militar se iba haciendo inevitable. A último momento, Jeane Kirkpatrick jugó una carta inesperada, el lobbista internacional argentino Wenceslao Bunge. La embajadora trató de aprovechar su amistad personal con este futuro colaborador de Domingo Cavallo y Alfredo Yabrán y lo entrevistó para convencerlo de que "la paz está a la mano si se juega bien esta oportunidad." La cuestión era lograr que Argentina no rechazara categóricamente la última propuesta británica. "Creo, Wences, que la propuesta inglesa está hecha para ser aceptada. Tiene ganchos para ello. Nosotros podemos forzar esa aceptación. Si bien no comprende las Georgias y las Sandwich, está hecha en un contexto aceptable."⁸¹ Rápidamente se organizó una reunión entre Bunge, Kirkpatrick, Ros y Roca. Pero el gobierno argentino no estaba dispuesto a aceptar la propuesta.

Pérez de Cuellar intentó el 20 su última posibilidad y habló por teléfono con Galtieri y con Thatcher, sin éxito. Esa noche convocó al Consejo de Seguridad para comunicarle su fracaso. El 21 se inició el desembarco en San Carlos.

"Mi amigo Fidel Castro"

Costa Méndez debe haber sentido sensaciones muy extrañas cuando el dictador Galtieri le anunció, el 29 de mayo, que de inmediato iba a viajar a Cuba y que "Con mi amigo Fidel Castro haremos poner de rodillas a la Thatcher."

El canciller viajó, en efecto, a La Habana, donde participó de la reunión de los países No Alineados, y donde recibió un trato preferencial del líder cubano. No menos extraño se habrá sentido, tres días antes, su amigo, el embajador Eduardo Roca. Este, ante los comentarios irónicamente elogiosos sobre el discurso furiosamente anti imperialista que acababa de pronunciar, exclamó cubriéndose el rostro con las manos: "¡Me van a echar de todos los clubes!" No era para menos. Si los dos primeros presidentes del Proceso habían hecho gala de su identificación con Occidente, fueron Galtieri y su canciller quienes con más dureza criticaron la adhesión de nuestro país a los No Alineados. Sin embargo, las nuevas circunstancias parecían obligar a cambiar el rumbo y el hasta ayer general majestuoso estaba dispuesto a hacerlo con el fervor de los conversos. Después de la traición de Haig y de los Estados Unidos, lo que se había insinuado con el pedido de veto a la URSS y a China, pasó a convertirse en una marcada línea anti imperialista. Ese fue el tono de los discursos de Costa Méndez en la OEA y, especialmente, al apelar a la aplicación de las previsiones del TIAR.⁸²

Ya hemos visto el poco exitoso debut de Costa Méndez en el ámbito de los No Alineados en los primeros días de abril. Sin embargo, a medida que al discurso se le sumaban los cañonazos, los corazones tercermundistas empezaron a enternecerse. Desde luego, fueron los gobiernos socialistas de Latinoamérica los primeros en apoyar la posición argentina. El 6 de abril, las autoridades de Nicaragua, contra las cuales un mes antes Costa Méndez intentaba aplicar el TIAR, declararon "su respaldo al gobierno argentino" en el conflicto.⁸³ El 12, el embajador Rafael Vázquez, llegó a La Habana para retomar la representación argentina en Cuba, que estaba suspendida.

El 22 de abril, el Buró de coordinación de los países No Alineados manifestó el respaldo que antes había retaceado "al justo reclamo de la República Argentina", y reclamó a Gran Bretaña que reconociera la soberanía argentina sobre las islas.⁸⁴

El 26, al saberse del ataque inglés en las Georgias, el gobierno cubano se manifestó solidario con la Argentina. Dos días después, la capital de la isla era el escenario de una nueva moción de respaldo al pueblo argentino de representantes de los partidos comunistas de 31 países de Latinoamérica y el Caribe.

El 1° de mayo, mientras el almirante Woodward realizaba sus primeros ataques contra la isla Soledad, el gobierno de Castro acusó a Gran Bretaña de "interrumpir el proceso de negociación", y ofreció ayudar a la Argentina "con todos los medios necesarios." Al día siguiente, la República Popular China lanzó críticas a los Estados Unidos por su apoyo a Gran Bretaña.

Los No Alineados volvieron a expresarse el 5. Manifestaron que "el uso de la fuerza o la amenaza del uso de la fuerza" son inaceptables, y lamentaron las pérdidas de vidas, al mismo tiempo que reiteraban su apoyo al reclamo argentino de soberanía.

El 10, Fidel Castro habló en su condición de presidente del Movimiento de los No Alineados, y apeló a los jefes de Estado del mismo para que realicen "las gestiones que consideren convenientes para detener las inminentes agresiones anglonorteamericanas contra el pueblo argentino."

Costa Méndez viajó a La Habana como su presidente le había anunciado. Allí se inició el 31 la asamblea de 88 países miembros del Movimiento que antes repudiara, en el Palacio de las Convenciones. En el trayecto pasó por Brasilia, donde se entrevistó con su colega Ramiro Saraiva Guerrero. El apoyo del Brasil había sido constante desde el comienzo del conflicto, pero la escala tenía otro sentido. Muchos jefes militares argentinos que ya estaban preocupados por la inminencia de la guerra contra las mayores potencias de Occidente, sentían además un creciente escozor por el idilio con el tercer mundo. Prueba de ello —y de que el feudalismo militar interno seguía intacto— era que el brigadier Miret⁸⁵ y el almirante Moya habían esquivado el bulto al comprometedor viaje a la Cuba *roja*, pese a que Costa Méndez había tenido que cargar con ellos y con el general Iglesias en todas sus gestiones anteriores. El paso del canciller por Brasil intentaba compensar las amistades que inquietaban a los uniformados.

En Cuba, *Canoro* fue recibido con un tratamiento especial. En su primera entrevista con Castro, éste los impresionó a él y a Iglesias con su amplio conocimiento de la situación particular de cada país de América Latina y su conocimiento al detalle sobre las Malvinas. Cuando pidió información al militar sobre las defensas previstas para evitar la caída de Puerto Argentino, Iglesias —que poco y nada sabía de ellas— tuvo que apelar a generalidades que no dejaron satisfecho al Comandante.

Dejando de lado los temas tácticos, Fidel pontificó: "Ustedes deben comprender que ninguna guerra de liberación nacional se pierde. Siempre que se esté realmente dispuesto a pelearla."⁸⁶ Luego siguió analizando el panorama militar sobre un mapa de las islas, ante el asombrado silencio de Iglesias. Por fin, Castro preguntó que clase de general era Menéndez, a lo que Costa Méndez respondió vaguedades. Pero su interlocutor aclaró de inmediato el sentido de su interpelación: "Lo que pregunto es si Menéndez es un general que pelea o es de los que se rinden." Al salir de la reunión, y ante la persistencia de una molesta llovizna, agregó, "Lluvia y nieve hace falta que caiga en las Malvinas para combatir a los ingleses". Una vez en la puerta, abrió la puerta del auto y abrazó efusivamente al canciller argentino.⁸⁷

Costa Méndez pronunció, al día siguiente, un firme discurso en que denunciaba que a la alianza entre las dos potencias anglosajonas se sumaría Sudáfrica, lo que era tocar un tema muy sensible para los integrantes africanos del Movimiento. Al regresar a Buenos Aires, llevaba el apoyo declarado de la organización.

También en el viaje de vuelta haría una escala, esta vez en Caracas, donde se entrevistó con el presidente Carlos Andrés Pérez. Este había sido un indeseable para muchos jefes militares en los primeros tiempos del *Proceso*, pero ahora era un certificado de buena conducta democrática que disminuía los contagios izquierdistas que podría portar el canciller de su viaje a Cuba.⁸⁸

Esperando en los pozos

El general Martín Balza, entonces teniente coronel al mando del Grupo de Artillería 3 de Paso de los Libres, recuerda el entusiasmo popular con que fueron despedidas sus tropas al iniciar su marcha a las Malvinas, aunque no deja de señalar el contraste con la ausencia de los generales a la hora de la partida. Balza recuerda que "a la hora de la despedida, en la estación de ferrocarril estaba todo el pueblo correntino dándonos su apoyo. Como contrapartida, no hubo ningún mando superior que nos despidiera, ni mi comandante de Brigada, el General Omar E. Parada, ni tampoco el comandante del Cuerpo, el General de División Carlos Trimarco."⁸⁹

El viaje del GA 3, en el relato de su comandante, es una muestra del cúmulo de improvisaciones que caracterizó a la organización del Ejército ante la inminente guerra. Cuando Balza se presentó en el comando del V Cuerpo en Bahía Blanca, el segundo comandante general José Horacio Ruiz lo recibió con una pregunta sorprendente: "¿Qué hace usted aquí?"⁹⁰ No resulta extraño que fuera el teniente coronel el que comprara, con "dinero personal que tenía ahorrado ... toda clase de comida en latas, especialmente comed beef, paté, picadillo y duraznos al natural"⁹¹, ya que no recibieron raciones para la campaña. Del mismo modo, en Bahía Blanca compraron metros de tela plástica que serviría de protección contra la incesante lluvia de las islas. Otros comandantes de unidad, menos previsores o que tenían más confianza en la organización, habrán visto sufrir mayores penurias en la alimentación de su tropa. Los artilleros de Paso de los Libres estaban entre las unidades más preparadas, ya que llevaban quince meses de instrucción, pero siguieron ejercitándose durante las pausas de su viaje, ya que tenían "conocimiento de que no íbamos a un desfile."

Más allá de las precauciones que se deben tomar con respecto a la subjetividad de un relato autobiográfico, Balza cuenta que estaba entre los que creían que habría guerra, y desde su llegada a las islas se ocupó de preparar a su Grupo para ella. Trabajó con una retroexcavadora para preparar las fortificaciones de sus baterías, provocando el rezongo de sus subordinados: "como jode 'El Flaco' con las fortificaciones", y el asombro de sus superiores, como el general Oscar Jofre que le preguntó: "¿Usted cree que va a engañar a los ingleses?"⁹²

Un tema clave para la defensa de las islas era el referido al dominio de los espacios naval y aéreo. Todos los analistas coincidían, y coinciden, en que se trataba de un conflicto en un teatro de operaciones netamente aeronaval, de manera que si la infantería, como en toda guerra, era la encargada de concretar el dominio territorial, éste no sería firme sin contar con la necesaria cobertura de la aviación y con el apoyo de la marina. Antes de mayo, y ante el avance de la Task Force, Menéndez pidió, a través de la gestión del brigadier Castellanos, el comandante de la agrupación Fuerza Aérea del archipiélago, el envío de una escuadrilla de *Skyhawk* para que operaran desde Puerto Argentino." Era evidente que los *Pucará* que ya estaban en las pistas isleñas, eran efectivos para el ataque contra fuerzas de tierra, pero poco podrían hacer contra los versátiles *Harrier* y mucho menos atacando a los destructores o portaviones enemigos. El pedido se desechó "por razones técnicas", y tampoco se consideró posible alargar la pista del aeropuerto, lo que hubiese solucionado el problema. No se podía trabajar para prolongarla porque la estaban utilizando los transportes y sus cargas eran imprescindibles. Por la misma causa, se descartó la posibilidad de armar una pista de aluminio. Los C-130 no la podían transportar porque tenían otras prioridades." Por estas razones, los aviones argentinos debieron combatir con la dificultad de la enorme distancia entre sus bases y los blancos, lo que los obligaba a resolver en pocos minutos sus misiones porque corrían el riesgo de quedarse sin combustible para el regreso.

Los ingleses tenían sus dudas acerca de quien iba a contar con el dominio del aire. Sus informes previos los hacían suponer que la Argentina tenía 247 aviones de combate, lo que superaba largamente a los 20 *Harrier* que ellos traían. Más tarde comprobaron que entre *Skyhawk*, *Mirage*, *Dagger* y bombarderos *Canberra*, la Fuerza Aérea utilizó 65 aeronaves, a los que habría que sumar los *Super Etendart* y otros de la Aviación Naval. El resto de los aviones de combate permanecieron en sus bases de tierra firme para prevenir posibles ataques al territorio continental o una sorpresiva participación chilena en la guerra.

Después de los choques del 1° de mayo, la aviación argentina se retrajo hasta el 20. Se habían evaluado las dificultades: el problema del combustible, la eficaz defensa enemiga y los problemas climáticos. Los ataques aéreos se reservarían para lanzarlos en el momento del desembarco —cosa que se hizo— o para atacar "blancos muy rentables", como el portaviones *Invincible* al que aparentemente se agredió el 29 según veremos⁹⁰. Pero para las tropas instaladas en las Malvinas, la presencia de aviones propios en un cielo en el que sólo volaban los británicos, hubiera sido de gran ayuda moral. Los infantes argentinos, muchos de ellos bisoños reclutas con uno o dos meses de instrucción, debían aguantar en los inhóspitos "pozos de zorro" —que estaban casi siempre anegados— el desgastante cañoneo de las fragatas y los destructores, además de las armas de los *Harrier*, aunque éstos también regulaban sus apariciones por temor a la artillería antiaérea.

Menéndez recuerda que sus tropas sufrían una tensión desgastante. Además, a la falta de abastecimiento de víveres, combustible y municiones, se agregaban las torpezas de la conducción política en Buenos Aires. En la capital, un número importante de voluntarios trabajaba en la preparación de viandas que, presuntamente, llegarían a las tropas en las islas. A alguien se le ocurrió apelar a los civiles y, sobre todo, a los maestros y alumnos de las escuelas para que escribieran cartas de apoyo al *soldado argentino*. El entusiasmo y la solidaridad de la población, que sentía que ésta era una manera de involucrarse en el conflicto, de estar al lado de los que padecían privaciones, y que tal vez terminarían heridos o dando la vida, en las islas hizo que un sinnúmero de cartas llegaran en los C-130. Sin embargo, esta correspondencia era impersonal. Lo que los soldados esperaban era "la pequeña noticia del padre, de la madre, de la novia o del amigo."⁹⁷ Los jefes de Malvinas terminaron pidiendo que no se enviaran más cartas de aquellas, que ocupaban el lugar de las que verdaderamente ayudaban a animar a la tropa.

El puente aéreo se había convertido en un instrumento muy importante, sobre todo por el repliegue de los barcos de guerra argentinos. Los ingleses se ocuparon de hundir los barcos civiles de aprovisionamiento que intentaban llegar o que trasportaban materiales de un punto a otro de las islas. Los vuelos se fueron haciendo más espaciados, aunque hasta la rendición los C-130 efectuaron una treintena, sin contar los de otros aviones menores. Los gigantes *Hércules* llegaban volando a bajísima altura y descendían aprovechando su capacidad para aterrizar en cortos tramos de pista. Algunos fueron derribados por el fuego británico, pero pese a su constante esfuerzo, los vuelos eran insuficientes para todo lo que se necesitaba.

Entre los requerimientos principales estuvieron siempre los helicópteros. Menéndez era consciente de que sus tropas carecerían de la mínima movilidad sin ellos. A mediados de mayo, insistió en los pedidos de todo tipo. El 16 se informó al continente que la existencia de víveres alcanzaría hasta el 28. Era imprescindible también mejorar la logística y se requería una vez más el incremento de la acción de los aviones de combate. Por último, pedía tener "más ingerencia" en las decisiones, ya que hasta los ataques aéreos eran ordenados desde el continente. Galtieri pareció conmoverse. Habló con el gobernador y le "dijo que había tomado debida nota del informe, que lo había impresionado y que se había reunido el Estado Mayor del Ejército y luego el Comité Militar, resolviendo entonces formar en Comodoro Rivadavia el Centro de Operaciones Conjuntas, CEOPECON, donde estarían reunidos permanentemente el comandante aéreo estratégico —brigadier Weber—, el almirante Lombardo y el general García"⁹⁸, lo que no cambiaba mucho las cosas.

Balza relata que se presentó "al Comandante de la Agrupación Ejército 'Puerto Argentino', General Oscar Jofre, para formularle un requerimiento. Le pedí que gestionara el envío de artillería de 155 mm, como los cañones *Sofna* que tenía el Ejército.

Mi argumento era sencillo: los *Oto Melara* de 105 mm de que disponía una Unidad apenas alcanzaban los 10.290 nitros, en tanto que los *Sofma* podían poner un proyectil hasta los 20.000 metros." Llevar los cañones era muy difícil, sobre todo por que había que racionalizar las cargas en los insuficientes vuelos. Llegaron con muy poca munición, pero fueron empleados contra los buques que cañoneaban, produciendo un efecto de disuasión.¹⁰⁰

De todos modos, la situación no era para ser optimista. "No hacía falta ser un genio para comprender que encerrados en las Islas, sin dominio del mar y sin dominio del aire, no íbamos a tener mucha chance de vencer. Sin embargo, seguíamos oyendo imbecilidades como que los barcos ingleses no van a llegar hasta aquí', o 'ellos creen que éstas son unas islas caribeñas', o 'van a llegar mareados y sin aptitud para combatir', o eso de que los norteamericanos están con nosotros y no se van a meter.' Estas pavadas formaron parte de la pésima acción psicológica que llegaba desde el continente mediante panfletos y caricaturas. Después, cuando se sabía que ya estaba la flota en el Atlántico Sur, se insistía: 'Sí, pero no van a intentar un desembarco porque no traen suficiente gente y sufrirían pérdidas.'" ¹⁰¹

La tropa, mientras tanto, seguía sufriendo el desgaste del bombardeo constante y de las malas condiciones de vida entre los anegados pozos, el problema de la higiene y la falta de víveres. Ante el insuficiente abastecimiento de alimentos, y pese a la cacería no del todo autorizada de ovejas malvinenses, se debió tomar la decisión de estirar las raciones para que alcanzaran. Esto se traducía en una deficiente alimentación de los soldados, cuya capacidad física para afrontar una guerra en un clima tan inhóspito disminuía constantemente. El mismo clima aumentaba las dificultades para la higiene. Naturalmente era inimaginable que la tropa se bañara alegremente al aire libre. Para paliar el problema se instalaron improvisados "baños" en la zona de Puerto Argentino, donde los soldados podían asearse cada ocho o diez días los que estaban cerca y cada veinte días o más —o nunca— los que cubrían posiciones alejadas.

Dentro de éste panorama, hubo hechos que produjeron algún entusiasmo, como cuando se logró alcanzar a algún avión enemigo con fuego cerrado de fusilería, que era lo único que los infantes podían hacer además de esconderse, ante la casi total ausencia de aviación propia.

El 12, la aviación logró impactar en el *Glasgow*, que quedó fuera de combate, y en la fragata *Brillant*, que sufrió averías menores. Esto era sabido desde las islas y ayudaba a mantener el entusiasmo en medio de las tribulaciones.

Menéndez seguía reclamando. Cuando pidió el envío de lanchas rápidas de la Armada para patrullar las costas y causar alguna dificultad a los barcos enemigos, recibió una nueva negativa, también por *razones técnicas*. Poco después llegó la noticia del fracaso de la mediación de Pérez de Cuellar, secretario general de la ONU y terminó de aceptar su destino: "tendremos que pelear."¹⁰²

Las espaldas bien cubiertas

El 4 de mayo, el embajador de Chile en la Argentina Onofre Jarpa Reyes se presentó en el Palacio San Martín y ratificó la neutralidad de su país. Al salir habló con los periodistas y les dijo: "Queremos expresar al pueblo argentino que tiene sus espaldas bien cubiertas por una firme y leal actitud de Chile." Sin embargo la realidad decía que al pueblo argentino le convenía tener sus espaldas en observación. Desde la primera semana de abril la Fuerza Aérea Chilena había decidido colaborar en secreto con los ingleses y lo hacía tan bien que en julio de 1999 Margaret Thatcher le agradeció los servicios a Pinochet cuando éste se encontraba detenido en Inglaterra a pedido del fiscal español Baltasar Garzón.

En su análisis de la guerra, el general Juan Enrique Guglielmelli¹⁰³ hace notar que ante la decisión de la recuperación de las islas había que preguntarse "¿qué actitud asumiría Chile? El tema resultaba fundamental ya que, ubicado a la espalda y próximo al futuro T.O. (teatro de operaciones EM), podía transformarse en un 'segundo frente'"

Efectivamente, antes de la crisis de las Georgias, cualquier evaluación de las hipótesis de conflicto de la Argentina en el campo internacional, hubiera empezado por el irresuelto tema del canal Beagle. La propuesta del Sumo Pontífice había sido recibida con beneplácito por la *Moneda*, pero no ocurría lo mismo con el gobierno de Buenos Aires. El mismo Tomas Enders en su

entrevista con Costa Méndez de marzo le había preguntado si habría guerra con Chile. El subsecretario de Estado se quedó tranquilo ante la respuesta del canciller argentino, pero no tenía elementos para imaginar que en Buenos Aires se preparaba el desembarco en las Malvinas. "En el Beagle ... enfrentábamos una delicada situación que podría recalentarse en cualquier momento. No pueden ser omitidos, como razones existentes en el sentido expresado, el proyecto vaticano rechazado en diciembre de 1980; el fracaso del Ministro Oscar Camilión ante el Sumo Pontífice tratando de ampliar la mediación a toda la cuestión limítrofe; la insistencia de Juan Pablo II, poco después de asumir el General Horacio T. Liendo la presidencia provisoria del país, urgiendo a la aceptación de su propuesta de 1980 y por último, la decisión militar sobre Malvinas, Chile era, como ocurrió, un segundo frente potencial que aferraría fuerzas propias en demérito de la acción principal. Convendría, por lo tanto, primero solucionar, convenir con Santiago la cuestión del Beagle, aún cuando la burla negociadora de Gran Bretaña continuara por un tiempo más. ¿No habíamos acaso, esperando 149 años?"¹⁰⁴

Iniciado el conflicto, los mandos militares demostraron que no olvidaban al vecino de allende los Andes. La mayor parte del Ejército y de la Fuerza Aérea, así como la totalidad de la flota de mar, no fueron comprometidos en el teatro de operaciones de las Malvinas. Se las reservaba para enfrentar un posible ataque chileno. Naturalmente, tener en cuenta esa posibilidad no eximía de la responsabilidad de iniciar un enfrentamiento con grandes posibilidades de convertirse en una lucha en dos frentes.

El gobierno chileno, a su vez, tuvo una actitud diferenciada de la del resto de América Latina. Una y otra vez se abstuvo —cuando los demás votaban en forma unánime las propuestas argentinas—, y declaró su formal neutralidad el 30 de abril, cuando el primer *Vulcan* se preparaba para bombardear la pista de Puerto Argentino.

Cuenta el entonces teniente coronel Balza que mientras esperaban el desembarco británico en las islas, sus hombres se quejaban de las continuas interferencias de radio de los chilenos, que los llenaban de insultos y burlas.¹⁰⁵

El 20 de mayo cayó un *Sea King* británico cerca de Punta Arenas. El helicóptero se incendió y sus ocupantes nunca fueron hallados por los militares trasandinos. Tal vez porque no los buscaron en sus propios cuarteles, donde cambiaron sus uniformes de las fuerzas especiales por la ropa de civil con que viajaron a Santiago, desde donde fueron repatriados a Inglaterra. Los comandos ingleses habían intentado una operación de la mayor importancia: la destrucción de los *Super Etendart* de la marina, portadores de los letales *Exocet*.¹⁰⁶ La defensa argentina en Río Grande detectó comunicaciones de la aeronave, y tropas de la armada con la ayuda de media docena de helicópteros rastrollaron la zona "sin encontrar nada destacable."¹⁰⁷ El entonces comandante de la FACH, general Fernando Matthei señala que "se perdieron. Sin encontrar nada mejor que aterrizar en Chile. Lo hicieron al oeste de Punta Arenas, cerca de un camino, en el claro de un bosque."¹⁰⁸ "Al día siguiente, luego de un viaje relámpago de Vernon Walters a Santiago, el aparato apareció incendiado en tierra, dando pie a la presunción de que se trató de un blanqueo para evitar la reacción argentina."¹⁰⁹

Matthei dice que a los pocos días del desembarco del 2 de abril fue visitado por Sydney Edwards, un oficial de la Royal Air Force, con una carta de Sir David Great, comandante de esa fuerza. "Tenía plenos poderes para coordinar conmigo cualquier cosa que pudiéramos hacer juntos, lo que a mí me pareció muy interesante. Me dijo que ... lo que a ellos más les apremiaba era información de inteligencia."¹¹⁰

Pinochet dio el okey a Matthei, y a partir de entonces los chilenos vigilaron con el radar de la FACH las partidas de aviones que salían para atacar a la task force, a la que avisaban de inmediato. La tarea fue tan eficiente que el día en que el radar no funcionó por tareas de mantenimiento, fueron destruidos los barcos *Sir Galahad* y *Sir Lancelot*.¹¹¹

Además de las tareas de observación de los aviones argentinos, Chile concentró en abril su flota de mar, "en Bahía Océano, al SO de las islas fueguinas, bien protegida contra ataques aéreos,

mientras en todos los casos anteriores había concentrado un sector en el norte, vigilando atentamente al Perú, donde aún muchos corazones suspiran por Arica. Movilizó 5000 efectivos terrestres y concentró en Punta Arenas el grueso de su Fuerza Aérea."¹¹²

En una réplica a los dichos de Matthei, que se atribuía la exclusiva de la ayuda al Reino Unido, Oscar Raúl Cardozo afirmó en *Clarín*¹³ que " ... la fuerza de tierra desplazó una reserva estratégica —2000 hombres fue el cálculo argentino— desde Santiago hacia zonas fronterizas con Río Negro y Neuquén. El general Jeremy Moore, jefe de las tropas británicas en Malvinas, confirmó desde su retiro a fines de la década pasada muchos de estos datos."

No mentía Jarpa Reyes cuando afirmó lo de las espaldas, sólo que la espalda termina en la cintura, y el embajador no garantizaba nada acerca de los espacios inferiores.¹⁴

Preparando el desembarco

Mar adentro, el almirante Woodward preparaba el desembarco. Antes de partir de Ascensión, había participado de las discusiones sobre la táctica a emplear. En ese momento era muy fuerte la tendencia a aplicar un bloqueo que, se suponía, iba a quebrar la resistencia argentina. Los partidarios de esta medida contaban con el respaldo del ministro de Defensa, que creía que de ese modo se podría ejercer presión sobre Buenos Aires para lograr un acuerdo diplomático ventajoso. Nott no era partidario de desembarcar tropas, porque estas deberían permanecer en las islas más allá del conflicto, y no quería mantener una guarnición permanente en las islas.

Los militares no estaban de acuerdo. Para ellos, un largo bloqueo sería imposible de mantener, tanto por la acción argentina como por el tiempo, que se agravaría con la llegada del invierno. No era posible "mantener la fuerza de tareas soportando un tiempo cada vez más tormentoso e inclemente durante un período prolongado. Confinados a bordo de las naves los soldados perderían la disposición para el combate"¹⁵ Tampoco resultaba aconsejable el manejarse con acciones en pequeña escala o desembarcos reducidos en lugares alejados de las islas que no molestarían seriamente a la defensa. Por lo demás, la OTAN perdería poco a poco la paciencia y exigiría el regreso de los barcos que habían sido retirados de sus emplazamientos europeos. Esto llevaría a debilitar el importante apoyo internacional que habían recibido los ingleses. De todos modos, como señalaría el título del libro de Thompson, no sería un picnic. Para el almirante Fieldhouse, comandante en jefe de la flota sería "la tarea más difícil que hemos intentado desde la Segunda Guerra Mundial."¹⁶

Decidido el desembarco, Woodward elevó varias alternativas para ser consideradas. Inicialmente, la que más lo entusiasmaba era ocupar una posición en la Gran Malvina. Allí, pensaba, se podía construir una pista de aterrizaje lo que permitiría incorporar a los poderosos aviones de combate *Phantom* y a los C-130 con toda su capacidad de transporte. No dejaba de considerar que de ese modo disminuían los peligros sobre sus portaviones, que dejarían de tener el monopolio aéreo. Sin embargo, el plan fue desechado. La pista a construir estaría demasiado cerca del territorio continental argentino y, por lo tanto, al alcance de los *Dagger* y *Skyhawk* que tan mortífera eficacia venían demostrando. Además habría que pensar después en un segundo desembarco, en la isla Soledad, duplicando los esfuerzos. Las islas tenían muchos lugares para posibles desembarcos, y los argentinos no estaban en condiciones de protegerlos a todos. No obstante, había que considerar que el elegido fuera accesible para las lanchas anfíbias, que estuviese medianamente protegido contra posibles ataques y que no estuviera demasiado lejos de la capital. Desde luego estaba descartado un ataque frontal a Puerto Argentino, que se consideraba imposible.

En algún momento se pensó en tratar de definir la guerra con un golpe de comando. Las fuerzas especiales se infiltrarían en Puerto Argentino y capturarían a los comandantes enemigos. La idea se descartó.